

ELGRUPO DOMÉSTICO Y LAS ACTIVIDADES DE MANTENIMIENTO EN UNA ALDEA DE LA EDAD DEL BRONCE. LA LLOMA DE BETXÍ (PATERNA, VALÈNCIA)

MARIA JESÚS DE PEDRO MICHÓ
Servei d'Investigació Prehistòrica

Introducción

A la hora de colaborar en la redacción del libro que acompaña la exposición “Les dones en la Prehistòria” hemos intentado, en primer lugar, acercarnos al significado de la Arqueología del Género y ver de que manera debíamos enfocar nuestra interpretación de un registro arqueológico publicado con anterioridad (de Pedro, 1998). Nuestro objetivo es el de ofrecer una nueva lectura de la información relativa a una gran edificación construida en el poblado de la Edad del Bronce de la Loma de Betxí (Paterna, Valencia), en los momentos iniciales de su ocupación (Fig. 1). Con especial atención del ajuar doméstico de una de las viviendas o departamentos de dicha edificación que nos permita ilustrar las actividades cotidianas realizadas por hombres y mujeres, parte de una pequeña comunidad campesina de hace aproximadamente 4500 años.

Diferentes autoras¹ nos han aportado la necesaria información para centrar nuestro trabajo desde la perspectiva de la Arqueología del Género, uno de los enfoques arqueológicos que mayor interés ha suscitado en los últimos años; surgido como crítica al androcentrismo tan fuertemente arraigado en la sociedad occidental y como corrección del sesgo androcéntrico en Arqueología, que incluye la crítica a las discriminaciones en la práctica arqueológica, la revisión de la historia de la Arqueología, o la propia investigación del género en el pasado a partir de la información contenida en el registro arqueológico. Sobre todo en relación con la Arqueología doméstica y el valor de lo doméstico en la vida social y política de las sociedades del pasado.

Los trabajos pioneros de M. W. Conkey, J. F. Spector y J. Gero (Conkey y Spector, 1984; Gero y Conkey, 1991) han sido decisivos para potenciar la aproximación de la teoría feminista a la investigación arqueológica, pese a las limitaciones metodológicas de la disciplina para hacer visibles a las mujeres en los contextos arqueológicos (Pallarés, 2000: 62); aunque esa dificultad para identificar a las mujeres se extiende igualmente a los hombres.

El término “sexo” está vinculado a los rasgos biológicos, y se expresa en la oposición binaria varón/hembra. Por el contrario, el término “género” va más allá de la dicotomía masculino/femenino, y precisa las rela-

¹Entre otras Margarita Díaz-Andreu, Paloma González-Marcón, Almudena Hernando, Marina Picazo, M^a Ángeles Querol o Encarna Sanahuja.

ciones entre individuos. El Género es un complejo sistema de significados: como categoría social nos permite comprender cómo la gente –en culturas singulares- identifica quiénes son, qué son capaces de hacer, qué deberían hacer, y cómo deben relacionarse con otros, similares y diferentes a ellos mismos. El género es un sistema social, antes que una categoría definida biológicamente, que varía transculturalmente, y que cambia a lo largo del tiempo (Conkey y Spector, 1984). Podemos entender el género como una conducta aprendida, resultado de un proceso histórico específico de socialización (Gilchrist, 1999: 9).

¿Qué significa adoptar un “enfoque de género” en las investigaciones arqueológicas? La Arqueología de género ha madurado desde los primeros trabajos en el ámbito anglosajón. En los años 70 y principios



Fig. 1: Loma de Betxí, Paterna. Vista aérea del yacimiento al finalizar la campaña de 1994.

de los 80 pretendía ser objetiva, haciendo visibles a las mujeres, corrigiendo el sesgo androcéntrico. El género puede ilustrar las vías en que roles y relaciones se construyen en sociedad. En los últimos años muchas autoras tienden al estudio holístico del significado y experiencia de las diferencias sexuales y de las identidades de género en el pasado (Gilchrist, 1999: 146). En Arqueología podemos “usar” el género para “hacer” más, y para “decir” más (Conkey y Gero, 1991: 12-13). Se trata, en este sentido, de una perspectiva que permite enriquecer las interpretaciones, imaginando y presentando percepciones múltiples antes que elegir la explicación más obvia, más demostrable o funcional (Tringham, 2000).

En la presentación del yacimiento que ahora nos ocupa, intentaremos

plantear una lectura a partir del análisis de aquellas variables que pueden permitirnos una visualización del grupo que habita este poblado de la Edad del Bronce, en función tanto de sus diferencias sexuales, como de sus relaciones de género, partiendo del registro material, de las estructuras arquitectónicas, bases económicas, etc.

El yacimiento

Al oeste de la ciudad de Valencia y al norte del río Túria, la Loma de Betxí se sitúa en una pequeña elevación, en un cerro de escasa altura a 99 m s.n.m., con un desnivel de 30 m respecto al llano. De forma alargada,

sus dimensiones son 50 x 20 m en la parte superior, aunque el asentamiento alcanza la parte baja del cerro. Las excavaciones comenzaron en 1984 y han continuado hasta ahora de forma casi ininterrumpida (Fig. 2).

La parte superior está ocupada por una gran edificación de 34 m de longitud y 10 m de anchura compuesta por dos departamentos separados por un muro y comunicados por una puerta, las habitaciones I y II, y por una dependencia alargada paralela a los muros de éstas, el corredor Oeste. Los muros son de piedra de 1 m de anchura, su aparejo irregular de mediano tamaño sin carear, trabado con tierra y con una disposición descuidada, y están revestidos por un enlucido o revoque. El alzado de las paredes se conserva con una altura entre 1 y 2'50 m; un vano de 1 m de ancho comunica ambos departamentos y el acceso al exterior se encuentra en el muro oriental de la habitación II con una puerta de 1'50 m de anchura. La edificación descansa sobre el suelo natural de la montaña, sin evidencias de construcción anteriores, y debió alcanzar entre 4 y 6 m de altura; cubierta por una techumbre plana, en terraza, o con una suave inclinación, y sustentada por dos hileras de postes (Fig. 3). En el exterior, por su extremo sur, se le adosa una cisterna de planta oval y, a continuación, se abre un camino de acceso en rampa que sube desde la base del cerro, en zig-zag. Junto a la puerta de entrada a las habitaciones existe otra cisterna también de planta oval y, hacia el norte, otro departamento de grandes dimensiones y planta aproximadamente circular amplía el espacio destinado a vivienda y permite valorar la evolución del poblado desde la imagen inicial dominada por la singular construcción de la parte superior. Asimismo,

un complejo sistema de aterrazamiento de la ladera, realizado con grandes muros ataludados, configura una serie de plataformas y transforma sustancialmente el perfil original de la pequeña montaña.

La destrucción del edificio a causa de un incendio selló el nivel de ocupación, cubierto por potentes derrumbes, lo que explica la extraordinaria documentación con que contamos. La interpretación y valoración de los restos exhumados permite reconstruir la imagen de un pequeño poblado situado en una elevación de escasa altura cuyas construcciones más significativas se encuentran en la parte superior del cerro. Las dataciones absolutas obtenidas a partir de los restos carbonizados de la madera utilizada en la techumbre sitúan la construcción entre 3725±60 BP, calibrada entre 2229 y 2045 BC, y 3505±55 BP, entre 1914 y 1753 BC, es decir, en los inicios del II milenio aC, mientras que su destrucción ha sido datada a partir de dos muestras de cereal carbonizado procedente del suelo de las habitaciones, que han proporcionado unas fechas entre 3440±70 BP, cal BC 1870-1660, y 3460±80 BP, cal BC 1885-1670.

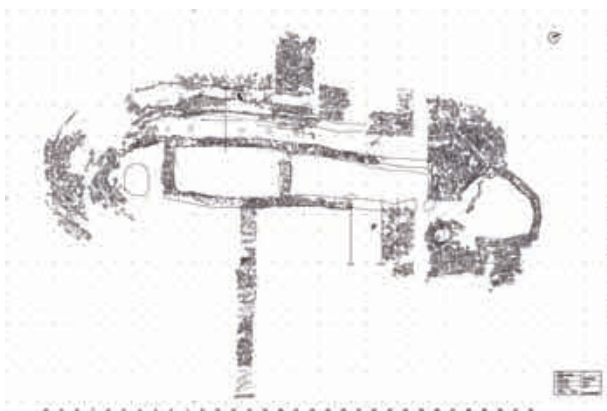


Fig. 2: Loma de Betxí, Paterna. Plano de las estructuras del asentamiento.

La habitación I. Las actividades de mantenimiento

La categoría de actividades de mantenimiento hace referencia a un conjunto de actividades, agrupadas tradicionalmente como domésticas, relacionadas con el cuidado y mantenimiento de la vida en los grupos humanos: actividades relativas a la práctica de la alimentación, la gestación y crianza de niños y niñas, la atención a los segmentos del grupo que no pueden cuidarse a sí mismos, la higiene y salud pública. El estudio de dichas actividades pretende historizar ese ámbito de la práctica humana y restituir al pasado la importancia de su día a día (Montón, 2000: 53). Se trata de identificar el conjunto de prácticas que engloban las actividades de mantenimiento y ver como se expresan sus espacios. La arqueología presenta un gran potencial para ello ya que la mayoría de materiales y muchos de los espacios físicos que recuperamos en una excavación son producto de ellas y deberían permitir entender las relaciones que se generan para llevarlas a cabo y cómo se conjugan con las otras relaciones y prácticas de esa comunidad (Montón, 2000: 54).

Las actividades de mantenimiento aparecen asociadas generalmente a las unidades domésticas, en

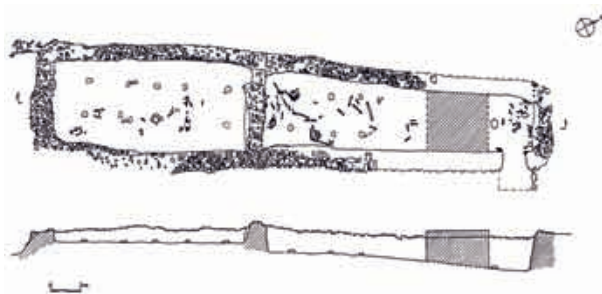


Fig. 3: Loma de Betxí, Paterna. Planta y sección de las habitaciones I y II.

las que siempre están presentes las mujeres, mientras que los espacios públicos y territoriales se vinculan generalmente al dominio masculino. La investigación conocida como *household archaeology* o arqueología de las casas se interesa por la organización de las actividades sociales a una micro-escala ya que es precisamente en ese contexto donde se ha considerado que está garantizada la presencia de mujeres y, por ello, su objetivo es demostrar

como el género estructura las relaciones sociales y económicas dentro de las casas, haciendo visible el trabajo de las mujeres. En realidad, no tiene sentido separar lo que pasa dentro y fuera de las casas porque lo que ocurre dentro de una unidad espacial sólo puede entenderse si se analiza la interrelación que este espacio mantiene con el resto de unidades espaciales (Pallarés, 2000: 74). De hecho el espacio de las actividades de mantenimiento es más abierto que el espacio del *household* y no requiere la presencia de estructuras arquitectónicas identificadas como casas (Montón, 2000: 54). *“Esfera de relacions socials en la qual diverses persones agrupades amb vincles de sang, afinitat i/o pràctica social conviuen diàriament, l’espai es deriva de l’acció i, per tant, pot ser unitari o múltiple (ocupar més d’un lloc i no necessàriament de tipus d’habitatge)”* (Bardavio y González Marcén, 1996: 13, citado en Montón, 2000). Hay actividades de tipo universal que se realizan dentro de las casas como el procesado de alimentos, consumo, descanso, etc. Pero también hay casas especializadas en algún tipo de actividad productiva, y actividades de mantenimiento que se pueden realizar en espacios exteriores vinculados al espacio doméstico.

En efecto, la arqueología de las casas está estrechamente relacionada con trabajos sobre arquitectura doméstica, pero la identificación de casas, cabañas y estructuras arquitectónicas en general es una tarea complicada y hay dificultades metodológicas en atribuir restos arquitectónicos y datos específicos a unidades sociales como la familia o la casa. Los restos arquitectónicos sólo son una parte de la cultura material y, por ello, diferentes autores reclaman que los restos artefactuales son un mejor indicador de la función de las habitaciones que el tamaño de la habitación o las características arquitectónicas.

Volviendo al gran edificio de la Lloma de Betxí, sobre las técnicas y materiales utilizados en su construcción ya nos hemos ocupado en anteriores trabajos. Nos interesa ahora centrarnos en su organización interna y en la posibilidad de definir las áreas de actividad y las tareas que configuran el quehacer cotidiano de mujeres y hombres, en función del sexo o la edad, y en relación con las actividades vinculadas no sólo al espacio interior o doméstico, sino también al espacio exterior. Sobre todo a partir del ajuar exhumado en la Habitación I y del análisis de las bases económicas (Fig. 4).

Divisiones internas como tabiques, realizados con materiales frágiles, barro, madera o cañizo, no han dejado vestigios de su ubicación, a no ser la distinta coloración de la tierra señalada en algunos puntos. Así, una zona de color más oscuro junto a la pared oriental se interpreta como un altillo de madera cuya combustión ha dejado una mancha uniforme sobre el suelo de la habitación; las manchas de color rojizo evidencian la descomposición de estructuras de arcilla endurecida, y los

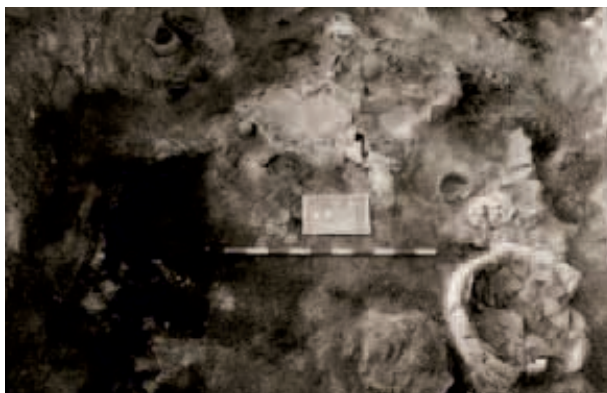


Fig. 4: Campaña de 1984. Habitación I, cuadros A-B/1-2. Suelo de ocupación del nivel I.

restos de un pavimento o plataforma más elevada aparecen señalados por una concentración de cantos rodados y pequeñas piedras. Otras estructuras, pese a su composición endeble, de barro y arcilla, se han conservado, como bancos y soportes de tierra y piedra cuya función responde a vasares, cubetas, muretes en resalte, pequeños hornos, etc. La distribución de los materiales arqueológicos muestra una zona de almacenaje señalada por la gran cantidad de vasos cerámicos conteniendo abundante cereal carbonizado, aproximadamente 75 vasos (Fig. 5), entre los cuales ollas y orzas, cuencos de pequeño tamaño apilados en número de 30; o el interesante hallazgo de un gran vaso en cuyo interior aparecen otros recipientes de menor tamaño conteniendo a su vez botones de hueso y marfil con perforación en "V", cuentas de collar, dientes de hoz de sílex, todo ello junto a un banco adosado, un horno construido con lajas verticales y un soporte circular de barro. También se delimita un espacio de molienda con molinos barquiformes y sus correspondientes molederas, asociados a recipientes con cereal carbonizado. Un conjunto de 28 piezas

rectangulares de barro con cuatro perforaciones circulares, dos en cada extremo, de 22-24 cm de largo por 12-14 de ancho, apiladas sobre el suelo de ocupación podría indicar cierta actividad textil, aunque su tamaño y peso las alejan de su utilización en un telar vertical y más bien parece tratarse del lugar de almacenaje de unas piezas muy homogéneas en cuanto a peso, tamaño y forma, quizás utilizadas como torcedores de fibras, devanadores, o pequeños telares horizontales.

En resumen, el ajuar doméstico se compone de 130 vasos cerámicos, carenados, ollas y orzas de gran tamaño con señales de haber estado sujetas por cuerdas, cuencos, cazuelas, vasos geminados, coladores y queseras; piezas líticas como dientes de hoz, algunos de sílex tabular; botones de hueso y marfil de forma prismática y perforación en "V", brazaletes de arquero de piedra y objetos de adorno como cuentas de collar, conchas perforadas, colgantes de piedra y un colgante de madera de olivo. Su distribución pone de manifiesto la existencia de una importante área vinculada al almacenaje y preparación de alimentos, con los cereales,



Fig. 5: Vasos cerámicos hallados en el interior de la Habitación I. Campaña de 1984.

ales, los molinos y molederas y los hornos; de cierta actividad textil, del frecuente uso y trabajo de la madera, y de actividades artesanales como la cestería, como prueban los restos de cuerda de esparto carbonizado, las improntas de trenzado en fragmentos de barro, o la huella en negativo de las cuerdas que rodeaban el cuello de algunos vasos cerámicos, así como la impronta de una especie de pleita o de trama vegetal que configura el armazón interno de algunos recipientes, señal de su utilización en la fabricación de cerámica, desaparecida en el proceso de cocción.

Actividades que se vinculan tradicionalmente con las mujeres, en el caso de la preparación de alimentos, la molienda o el trabajo textil, y otras, como la manufactura lítica, asociada generalmente a lo masculino, que comparte aquí el mismo espacio, si bien hablamos de productos ya manufacturados y no de las evidencias del propio proceso de fabricación (Fig. 6).

De acuerdo con la distribución del ajuar, algunos modelos etnográficos (Hastorf, 1991) se basan en la organización espacial de los restos alrededor de los hogares para identificar las áreas de actividad de género en contextos arqueológicos. Así, se asume que una mayor diversidad y variabilidad de herramientas puede correlacionarse directamente con área doméstica y toda área de actividad doméstica es automáticamente un espacio femenino. Pero el modelo puede enmascarar la variabilidad de los roles de género en diferentes condiciones sociales, culturales, históricas, demográficas o medioambientales (Pallares, 2000: 77). Se asume que existe una segregación espacial de las actividades según el género

pero no todas las sociedades gestionan y utilizan el espacio de forma específica según el sexo o la funcionalidad de las actividades y, en ocasiones, el modelo responde a áreas de actividad polivalentes. El comportamiento de género no siempre es visible etnográficamente y tampoco tiene porque ser visible arqueológicamente. El espacio del grupo doméstico ha de ser estudiado como un medio ilimitado, conceptual y físicamente, donde la práctica diaria de las actividades de mantenimiento y las relaciones sociales que generan, lo crean, lo modifican y lo transforman. El espacio físico va más allá de la casa y se puede extender a su entorno o a otras áreas. Las tareas de mantenimiento son multiespaciales, aunque algunas requieren ciertas instalaciones materiales, por ejemplo el procesado de alimentos. Y, a la vez, en una misma zona pueden llevarse a cabo diversas actividades de mantenimiento. Todo depende de hábitos o rutinas que se van marcando de generación en generación (Curià y Masvidal, 1998: 230).

Las bases económicas.

La agricultura y la ganadería

De acuerdo con lo expuesto en el epígrafe anterior, proponemos relacionar los artefactos con otro tipo de restos documentados en el proceso de excavación, como la fauna y los restos botánicos aparecidos tanto en el interior del espacio doméstico como en el exterior, en basureros; determinar las bases económicas y analizar el componente social para valorar mejor las relaciones de género. En el espacio ocupado por la habitación I, el cereal carbonizado, los molinos y el horno señalan un proceso de preparación de



Fig. 6: Vasos cerámicos hallados en el interior de la Habitación I. Campaña de 1984.

determinado tipo de alimentos, pero no se ha definido con claridad ningún hogar, quizás debido a la dificultad de su localización por tratarse de un nivel de incendio en el que abundan los carbones procedentes de la madera utilizada en la construcción, al margen de otros dispersos entre el sedimento, por lo que la identificación de los hogares es dudosa. Dificultad a la que se añade que los restos de fauna no indican concentraciones significativas; son restos astillados en su mayoría, sobre el suelo de ocupación, producto de su consumo o de su utilización para fabricación de utillaje, pero sin evidencias directas de su cocinado. También influye el hecho de que la habitación debía limpiarse con regularidad y los desechos vertidos al exterior en basureros localizados en otras áreas. Pero, aún así, debemos preguntarnos acerca de dichos restos para inferir las pautas de su consumo y utilización y la incidencia de la caza y de la ganadería en las bases económicas del poblado. Así, sobre un total de 486 restos, sólo 160 han sido

identificados, 75 de animales domésticos y 85 de silvestres. Bóvidos (*Bos Taurus*) y cerdos (*Sus domesticus* y *Sus* sp.) son escasos y entre los restos de ovicápridos, algunos están quemados y sólo una costilla presenta marcas de descarnado. Entre los silvestres, 34 restos de ciervo (*Cervus elaphus*), algunos con huellas de descarnado y otros, concretamente de asta, deformados por el fuego y en dos casos serrados en un extremo. La presencia de conejos (*Oryctolagus*) es de 22 fragmentos y el resto se reparte entre jabalí (*Sus scropha*) -un fragmento con huellas de golpeo y descarnado-, zorro (*Vulpes vulpes*), lagarto (*Lacerta lepida*), perdiz (*Alectoris rufa*) y galápago (*Mauremys caspica*).

En el cómputo total de la fauna del yacimiento destaca igualmente la presencia de ciervos, lo que significa que su caza no era ocasional, sino una de las principales actividades, pese a estar plenamente establecidas la agricultura y la ganadería como bases económicas. Ganadería que proporcionaría materias primas como la leche y sus correspondientes derivados, además de lana, sebo, pieles y carne. La presencia de bóvidos, con ejemplares viejos sacrificados en edad adulta, indica su utilización como animales de tracción; otro tanto sucede con los ovicápridos, ejemplares viejos, individuos no aptos para la cría ni para la producción de leche, por lo que su presencia debe relacionarse con su rendimiento como productores de lana. Hablamos, pues, de una clara diversificación de actividades, relacionadas con la transformación de productos básicos en productos secundarios, como complemento de la agricultura y también de la caza. La explotación de la pequeña cabaña animal conllevaría la elaboración de productos derivados de la leche, por ejemplo con la fabricación de quesos; de cierta actividad textil, relacionada con el aprovechamiento de la lana; del trabajo de las pieles y la fabricación de utillaje óseo a partir de la materia prima obtenida de los animales, etc. Por otra parte, la presencia abundante de ciervos, junto a corzos, jabalíes, conejos, liebres, perdices, y también galápagos o doradas, nos habla de un paisaje con notable cobertura vegetal y cursos de agua importantes con abundancia de pesca (Sarrión, 1998). En el mismo sentido coinciden las apreciaciones del estudio del resto de la fauna del yacimiento, realizado por A. Sanchis, con la presencia de un importante número de restos y un ligero predominio de especies silvestres como el ciervo. Entre los animales domésticos y susceptibles de formar parte de la dieta humana, destacan los ovicaprinos con un elevado porcentaje de restos no identificados, muestra del grado de fragmentación producido; no obstante, la representación por especies, más las edades de sacrificio y la representación anatómica muestran que la explotación ganadera en el yacimiento está basada fundamentalmente en los ovicaprinos, mientras los cerdos y bóvidos tienen un papel secundario. La presencia de especies silvestres como el ciervo y el conejo cumpliría su función de complemento a la dieta cárnica, junto con la pesca y la recolección. Los restos de cánidos hallados se vinculan a su papel como ayudantes en la caza o en la custodia de rebaños y su presencia se atestigua también indirectamente en marcas de su dentición sobre los huesos de otros animales (Sanchis y Sarrión, 2003). En general se trataría de pequeños rebaños, siendo la práctica de la agricultura la actividad económica más importante, como indican las condiciones orográficas del asentamiento y su proximidad a zonas aptas para el cultivo y a cursos de agua estables, además de la evidencia directa que proporcionan los numerosos restos de cereales localizados en el yacimiento.

La valoración de la capacidad de uso agrícola del territorio próximo al yacimiento presenta dos unidades claramente diferenciadas. Una corresponde al llano aluvial del río Túrria, al sur del yacimiento, donde encontramos niveles aterrazados del Pleistoceno superior y Holoceno; son suelos profundos, bien drenados, con fluctuaciones en el contenido de materia orgánica a lo largo del perfil y contenidos elevados de carbonato cálcico que, dada su topografía llana y sus buenas condiciones de permeabilidad y aireación presentan una capacidad de uso muy elevada (clase A). La otra unidad corresponde a los relieves que hacia el NE enmarcan al río Turia, constituida por un sustrato de calizas y margas miocénicas, en la que el encajamiento de la red de drenaje ha conformado una topografía irregular de cerros y vaguadas. Las principales limitaciones que se presentan en esta unidad son la pendiente y el espesor del suelo que condicionan una baja capacidad de uso (clase D). Localmente se presentan áreas más llanas (como son las zonas de interfluvio) que pueden presentar una capacidad de uso media (clase C), pero que seguramente no fueron puestos en cultivo por los agricultores de la Edad del Bronce, dada la proximidad de buenos suelos para la agricultura con escasa pendiente, como es el llano aluvial del Túrria.

La vocación agrícola del asentamiento está demostrada por el cereal hallado en ambas habitaciones. Las muestras estudiadas se refieren al cereal almacenado en grandes recipientes cerámicos, por lo general trigo desnudo, en ocasiones cebada vestida, algunas malas hierbas y leguminosas; la cebada vestida y la esprilla son escasas. Destaca la presencia de un fragmento de pepita de uva, especie rara en contextos anteriores a la Edad del Hierro aunque la planta se desarrolla de forma espontánea en los bordes de los ríos, caso de la Loma situada junto al río Turia, por lo que sería recolectada habitualmente para el consumo humano. La presencia de leguminosas es escasa, habas, algún guisante y lentejas. La actividad de recolección de frutos y verduras ha dejado una presencia muy pobre en el registro, tan sólo uva y moras. En espacios exteriores, como el Sector Este, la presencia de cebada (*Hordeum sp.*) y trigo (*Triticum aestivum/durum*) es escasa, aparece alguna leguminosa como lentisco (*Pistacea lentiscus*) y destacan, sobre todo, los numerosos fragmentos de bellotas (*Quercus sp.*) hallados, frutos que han sido utilizados tradicionalmente como complemento de la dieta humana, además de cómo alimento para el ganado. Igualmente es posible el consumo de los frutos del lentisco o su uso para la elaboración de aceite, y determinadas quenopodiáceas o crucíferas también pueden ser utilizadas como verduras (Pérez Jordà, 1998).

El análisis de los restos carpológicos junto a los datos que aporta el estudio de los útiles agrícolas nos permiten acercarnos a las prácticas agrarias de estas comunidades. Hachas, azuelas y dientes de hoz componen el utillaje relacionado con éstas, sin olvidar que en gran parte éste se elabora con madera por lo que su conservación es problemática. Por otra parte, el uso de los bóvidos como fuerza de trabajo permite pensar en la introducción del arado. Y los hallazgos de conjuntos cerrados formados por una sola especie indica que el cultivo de las distintas especies se realiza por separado. Los cereales documentados pueden ser sembrados tanto en otoño como en primavera, aunque por las características climáticas de la zona mediterránea es habitual su cultivo como cereales de invierno. El mantenimiento de la productividad en los campos debió obtenerse mediante el sistema de barbecho que permite la

recuperación de los suelos, un mayor grado de humedad y el control de las malas hierbas. Además las tierras en barbecho pueden ser utilizadas para la alimentación del ganado.

Para la recolección de los cereales se utilizarían las hoces aunque también se pueden arrancar las espigas con las manos. A continuación los trabajos previos al almacenamiento, el secado al aire libre, la trilla para deshacer las espigas y espiguillas, el aventado y la criba. El cereal se almacena ya limpio, sin restos de glumas, de raquis o de entrenudos y con presencia escasa de malas hierbas. Las operaciones de limpieza del cereal debieron realizarse en el exterior de la casa, a juzgar por la ausencia de restos que indiquen estas operaciones en el interior. En resumen, se trata de un sistema agrícola basado en una agricultura extensiva de cereales que hizo posible la introducción del arado, complementada por una agricultura intensiva de huerto.

El grupo doméstico. Los hombres y mujeres que habitaron la aldea

Analizamos ahora el grupo doméstico que habitó la Loma de Betxí, entendido como un grupo social que comparte una serie de actividades vinculadas al mantenimiento y el cuidado de la vida diaria, y que no puede ser estudiado como una unidad social homogénea. La vinculación de la mujer a la vida doméstica, a partir de las tareas de cuidar y dar soporte, se acepta de antemano, aunque diversos estudios antropológicos y sociológicos muestran también que, en muchas sociedades, individuos de intereses diferentes en género y edad mantienen unas prácticas de relación comunes orientadas a satisfacer las necesidades básicas de mantenimiento o reproducción social y que estas prácticas de relación se manifiestan en los espacios vividos diariamente o en espacios de la vida cotidiana (Curià y Masvidal, 1998: 229).

Hemos de considerar igualmente que se trata de un grupo social cuyas bases económicas son la agricultura y la ganadería, por lo que el ritmo de cambio de sus actividades de mantenimiento debía ser cíclico y flexible. El tiempo cíclico es el que regía la vida cotidiana de los grupos del pasado y también de algunas sociedades actuales no occidentales, sobre todo los grupos que tienen una base económica agrícola y ganadera, que tienen como unidad de tiempo especialmente el ciclo, ya sea vital, anual, estacional o diario (Curià y Masvidal, 1998: 232).

En el caso del yacimiento que nos ocupa, nos encontramos ante una comunidad campesina pero ¿qué podemos decir acerca de los hombres y mujeres que habitaron la aldea? En relación con lo que significa el poblamiento de la Edad del Bronce en tierras valencianas, se ha hablado en ocasiones de comunidades con una estructura social fuertemente jerarquizada. La complejidad observada en las infraestructuras de algunos poblados reflejaba la existencia de una estructura social capaz de organizar los trabajos de construcción y mantenimiento; y la información del registro, en cuanto a las dimensiones y funcionalidad de los asentamientos, permitía plantear la hipótesis de un territorio jerarquizado (Gil-Mascarell, 1995). La alternativa de análisis desde la perspectiva teórica de la Arqueología Social y bajo presupuestos materialistas (Jover, 1999) plantea una hipótesis que defiende la consolidación del tipo de vida campesina entre el final del III milenio y el inicio del II aC, a partir de la existencia de unidades de asentamiento de pequeño tamaño y de carácter familiar extenso, con relaciones de adhesión o filiación entre ellas. Y, más recientemente, Gómez Puche (2004) ha presentado una nueva hipótesis dentro del marco teórico de la Arqueología Social, adoptando

conceptos de las corrientes materialistas como explotación y conflictividad social, derivadas de los procesos de jerarquización y desigualdad. La autora propone una estructura social bajo la forma de grupos sedentarios jerarquizados, un modo de vida agrícola campesino en el cual la familia es el núcleo básico de organización socioeconómica; considerando que aún no se han establecido, entre las formaciones sociales, relaciones claras de explotación y subordinación que nos permitan hablar de formaciones pre-clasistas, ni tampoco de clases sociales, por lo que serían formaciones en las que el peso de las relaciones de parentesco y entre linajes continuaría siendo grande; grupos segmentarios jerarquizados con prácticas económicas determinadas basadas en una agricultura cerealística extensiva y una explotación ganadera intensiva.

Ahondando un poco más en el tema, la interpretación del registro arqueológico nos habla, en efecto, de una comunidad campesina con un núcleo estable y reducido de población que recuerda, salvando la distancia cronológica, el modelo de los poblados de la cultura Castreña Astur estudiados por Fernández-Posse (2000), sobre todo

en su definición de la unidad doméstica, a través de la definición del grupo familiar que permite la estructura interna de los castros. La unidad básica de estudio es la familia y las familias campesinas se caracterizan por ser productoras y consumidoras de su propio trabajo, es decir, el objetivo de su trabajo es el propio consumo, siendo su exclusiva mano de obra todos sus miembros, sin distinción de edad o sexo. El protagonismo de la mujer en los trabajos del campo y en la vida de la comunidad es valorado generalmente

pero la actividad dentro de la unidad de producción familiar sería paritaria para hombre y mujer. No obstante, no debemos confundir la importancia de la mujer en la unidad de producción, consumo y reproducción con su acceso a la estructura de poder, puesto que se trata de una actividad que se realiza dentro de la esfera doméstica, en paridad con otras que tradicionalmente se le atribuyen, como el tejido o la transformación de alimentos. Fernández-Posse apunta que la tradición antropológica considera la introducción del arado como el momento del paso de la mujer horticultora al hombre agricultor pero, en su opinión, no parece concluyente que la dificultad del trabajo de arada fuera la causa de la separación de la mujer de esa actividad, tanto por el tamaño de las parcelas, lo ligero de los suelos, el propio tipo de arado y la presencia de animales de tiro, por lo que es razonable pensar que se trataría de un trabajo compartido. Y lo mismo con la ganadería, si tenemos en cuenta que el registro arqueológico contradice una ganadería "masculina". Los estudios zooarqueológicos revelan una ganadería de carácter acusada-



Fig. 7: Reconstrucción del espacio interior de la habitación I.

mente doméstico y con buena compensación entre el aporte calórico a la dieta y el aprovechamiento de productos secundarios, entre los que destaca la lana; la producción pecuaria aparece en simbiosis y complementariedad con la agraria. Argumentos que podrían ser válidos para la Loma de Betxi (Fig. 7).

Conclusiones

Aunque de forma breve, queremos hacer mención de aquellas líneas de investigación en las que diferentes autoras trabajan desde hace ya varios años, sumando esfuerzos, experiencias y resultados. Sirva de ejemplo el reconocimiento de la presencia de las mujeres en diferentes actividades tradicionalmente asociadas a lo masculino, como la industria lítica. M. Sánchez Romero (2000) señala a la mujer como productora y usuaria de útiles de piedra tallada en el yacimiento de los Castillejos de Montefrío (Granada), argumentando que entre el utillaje lítico se suele destacar aquel referido a actividades marcadamente masculinas como la caza o la guerra,



Fig. 8A: Campaña de 2003. Enterramiento hallado en los cuadros G-H/13-14. Reconstrucción. Infografía de A. Sánchez Molina.

a pesar de que la mayoría de la tipología lítica está dedicada al trabajo de la madera o pieles, al trabajo de la cerámica, a la producción de alimentos, o sea actividades de mantenimiento en general, por lo que pudieron haber sido fabricados y/o utilizados por mujeres. La autora reivindica así el hecho de que los espacios son compartidos y el que los dos sexos realizan tareas de igual importancia económica. "Incluso si admitiéramos que en algunas sociedades prehistóricas las mujeres no fabricaron o usaron útiles, sería insostenible deducir que las actividades económicas desarrolladas por las mujeres no influyeron en las

decisiones sobre la producción, uso y desecho de la tecnología de los hombres. Por otra parte es tan amplio el abanico de trabajos y situaciones en las que la mujer debió utilizar útiles de piedra que podría parecer absurdo el negarlo, situaciones que van desde cortar carne, recoger cereal, trabajar la piel, tatuar, cortar el pelo o, incluso, cortar el cordón umbilical de un recién nacido" (Sánchez Romero, 2000: 101). Y otras perspectivas similares de análisis recogidas en el volumen "Arqueología y Género", editado por M. Sánchez Romero (2005), con ejemplos de P. González Marcén y M. Picazo Gurina, en relación a la cotidianeidad como objeto de investigación histórica y la evidencia arqueológica de lo cotidiano en el caso concreto del yacimiento de Can Roqueta (Sabadell, Barcelona); de S. Montón, sobre prácticas de alimentación, cocina y arqueología; de L. Colomer, sobre la fabricación de cerámica argárica; de T. Orozco, sobre el utillaje lítico pulimentado; o de M. Sánchez y A. Moreno Onorato, sobre la producción metalúrgica en Peñalosa (Baños de la Encina, Jaén).

Si bien la Arqueología nos aporta sólo determinados recursos de interpretación, no por ello debemos renunciar a conocer el proceso histórico y su desarrollo, los porqués y las causas de los cambios y su perduración y, para ello, no es preciso ir a la individualidad ni pretender sexuar los trabajos o los instrumentos. Otras perspectivas de análisis se presentan y así, en opinión de A. Vila (2002), si queremos ver diferencia en las actividades realizadas, en la distribución del producto, en el acceso a los recursos, o si había consumo diferencial, debemos recurrir a los cuerpos de los/las sujetos, a los enterramientos. O sea, recurrir a los restos humanos para ver si hay diferencias en lo referente al acceso a los bienes y condiciones de vida; constatar si se produjeron carencias físicas, enfermedades, traumatismos; la presencia o no de ajuar; el trabajo invertido en la preparación de la tumba, etc. (Vila, 2002: 339). Poco podemos aportar acerca de la presencia de inhumaciones diferenciales en los yacimientos valencianos dada la escasez de enterramientos bien documentados, al menos en lo que se refiere a los poblados de la Cultura del Bronce Valenciano (Martí, de Pedro y Enguix, 1995); además los ajuares son casi inexistentes, a pesar de la existencia de redes de intercambio, como prueban determinadas materias primas y elementos de prestigio como los objetos metálicos, las cerámicas decoradas o los botones de marfil, presentes en el yacimiento que ahora nos ocupa. Y del hallazgo, hasta ahora, de dos enterramientos humanos, ambos masculinos y sin ningún tipo de ajuar; uno de ellos en posición primaria (Fig. 8A-8B) y el otro secundario (de Pedro, 2005), cuyos estudio osteoarqueológico se encuentra todavía en fase de realización (de Miguel, e.p.).



Fig. 8B: Campaña de 2003. Enterramiento hallado en los cuadros G-H/13-14. Reconstrucción. Infografía de A. Sánchez Molina.

Conscientes de las carencias de nuestro trabajo, hemos tratado de ofrecer una nueva lectura de los datos aportados por un yacimiento singular como es la Loma de Betxí. Se trata tan sólo de un avance realizado desde la perspectiva de la Arqueología del Género reevaluando la evidencia arqueológica existente, revisando anteriores interpretaciones y aplicando la metodología necesaria para hallar en el registro arqueológico datos que se puedan correlacionar de forma unívoca con actividades y presencia de mujeres, de acuerdo con nuestra voluntad de hacerlas visibles, tal y como lo expresaba P. González Marcén: “No obstante, el problema de base estriba en lo que Ruth Tringham (1991) definía “en cómo dar cara” a los restos arqueológicos, cómo reconocer en ellos seres humanos diferenciados que permitieran interpretar sus lugares y niveles de cooperación o de conflicto. Ciertamente, el registro arqueológico no permite ese reflejo más

allá, como mucho, de los humanos fosilizados que encontramos, desde el Pleistoceno hasta el mundo clásico, en enterramientos o en representaciones iconográficas..." (González Marcén, 2000: 15). De manera que, al menos en nuestro caso y de acuerdo con dicha autora, nos queda mucho por hacer: desarrollando nuevas estrategias de investigación, creando esquemas de categorización, discutiendo las bases epistemológicas que fundamentan las interpretaciones históricas convencionales, abordando aspectos de las vivencias históricas de mujeres y hombres que enriquezcan la complejidad de los discursos, desarrollando procedimientos analíticos que hagan visibles relaciones e interconexiones antes ocultas y, también, buscando datos que ilustren otras actividades, otros trabajos, otras vivencias (González Marcén, 2000: 15).

Bibliografía

- BARDAVIO, A.; GONZÁLEZ MARCÉN, P. (1996): La vida cotidiana a la Prehistòria. L'estudi de les activitats de manteniment. *Balma*, 6, pp.7-16.
- CONKEY, M.W.; SPECTOR, J.D. (1984): Archaeology and the study of gender. In M. Schiffer (ed.) *Advances in Archaeological Method and Theory*, 7. Academic Press. New York, pp. 1-38.
- CONKEY, M.W.; GERO, J.M. (1991): Tensions, Pluralities, and Engendering Archaeology: An Introduction to Women and Prehistory. In *Engendering Archaeology: Women and Prehistory*. Basil Blackwell. Oxford, pp. 3-30.
- CURIÀ, E.; MASVIDAL, C. (1998): El grup domèstic en Arqueologia: Noves perspectives d'anàlisi. *Cypselà*, 12, Girona, pp. 227-236.
- DE PEDRO, M.J. (1998): *La Loma de Betxí (Paterna, Valencia). Un poblado de la Edad del Bronce*. Trabajos Varios del S.I.P., 94, València.
- DE PEDRO, M.J. (2005): L'Edat del Bronze al nord del País Valencià: Hàbitat i Territori. *Cypselà*, 15, Girona, pp. 103-122.
- FERNÁNDEZ-POSSE, M. D.(2000): La mujer en la Cultura Castreña Astur. *Arqueología Espacial*, 22, *Revista del S.A.E.T.*, Teruel, pp. 143-160.
- GERO, J.M.; CONKEY, M.W. (Eds.) (1991): *Engendering Archaeology: Women and Prehistory*. Basil Blackwell. Oxford.
- GILCHRIST, R. (1999): *Gender and Archaeology. Contesting the past*. Routledge. New York.
- GIL-MASCARELL, M. (1995): Algunas reflexiones sobre el Bronce Valenciano. *Saguntum-PLAV*, 28, València, pp. 63-74.
- GÓMEZ PUCHE, M. (2004): Estudio de las formaciones sociales de la Edad del Bronce en el País Valenciano: Una propuesta teórica. *La Edad del Bronce en tierras valencianas y áreas limítrofes*, Villena-Alacant, pp. 99-105.
- GONZÁLEZ MARCÉN, P. (2000): Mujeres, espacio y arqueología: una primera aproximación desde la investigación española. *Arqueología Espacial*, 22, *Revista del S.A.E.T.*, Teruel, pp. 11-21.
- HASTORF, C. (1991): Gender, space, and food in prehistory. In *Engendering Archaeology: Women and Prehistory*. Basil Blackwell. Oxford, pp. 132-159.
- JOVER, F. J. (1999): *Una nueva lectura del "Bronce Valenciano"*. Publicaciones de la Universidad de Alicante.
- MARTÍ OLIVER, B.; DE PEDRO, M.J.; ENGUIX, R. (1995): La Muntanya Assolada de Alzira y las necrópolis de la Cultura del Bronce Valenciano. *Saguntum-PLAV*, 28, València, pp. 75-91.
- MONTÓN, S. (2000): Las mujeres y su espacio: una historia de los espacios sin espacio en la Historia. *Arqueología Espacial*, 22, *Revista del S.A.E.T.*, Teruel, pp. 45-59.
- PALLARÉS, M. (2000): Género y espacio social en arqueología. *Arqueología Espacial*, 22, *Revista del S.A.E.T.*, Teruel, pp. 61-92.
- PÉREZ JORDÀ, G. (1998): Estudio paleocarpológico de la Loma de Betxí, Paterna, en DE PEDRO, M. J. (1998), pp. 239-245.
- SÁNCHEZ ROMERO, M. (2000): Mujeres y espacios de trabajo en el yacimiento de los Castillejos (Montefrío). *Arqueología Espacial*, 22, *Revista del S.A.E.T.*, Teruel, pp. 93-106.
- SÁNCHEZ ROMERO, M. (2005): *Arqueología y Género*. Universidad de Granada.
- SANCHIS, A.; SARRIÓN, I. (2003): Restos de cánidos (*canis familiaris* ssp.) en yacimientos valencianos de la Edad del Bronce. *Archivo de Prehistoria Levantina*, XXV, València, pp. 161-198.
- SARRIÓN, I. (1998): Clasificación preliminar de la fauna de la Loma de Betxí, Paterna, en DE PEDRO, M. J. (1998), pp. 247-260.
- TRINGHAM, R. (1991): Households with Faces: The Challenge of Gender in Prehistoric Architectural Remains. In *Engendering Archaeology: Women and Prehistory*. Basil Blackwell. Oxford, pp. 93-131.
- TRINGHAM, R. (2000): Lugares con género en la Prehistoria. *Arqueología Espacial*, 22, *Revista del S.A.E.T.*, Teruel, pp. 187-221.
- VILA, A. (2002): Viajando hacia nosotras. *Revista Atlántica Mediterránea de Prehistoria y Arqueología Social*, Vol. V, Cádiz, pp. 325-342.